

LONDRES



LONDRES

I

ELOVÍA, el mar estaba picado, el buque bailaba como una barquilla. Á una media hora de Dieppe sentí, por primera vez en mi vida, los efectos del mareo. Había á bordo muchas señoras, la mayor parte inglesas, que mascullaban alegremente queso y jamón, sin demostrar siquiera que notaban aquel terrible sacudimiento que nos revolvió las entrañas á mí y á otros, alguno de los cuales había lanzado de su boca algo más que lamentos.

Pues bien; es una verdad que el mareo hace al hombre superior á todas las vanidades humanas. Si una hora antes me hubiesen dicho:—Mira, aquí tienes tanto dinero para permanecer en Londres un mes, en lugar de quince días que vas á estar tú;

después darás una vuelta por Escocia y harás una escapada á Irlanda; este dinero es tuyo, con tal que tomes delante de estas señoras una postura ridícula;—confieso mi vanidad, hubiera rehusado la proposición. Media hora más tarde, estaba con infinito desprecio de mí mismo, echado sobre dos sacos sucios, con un pie á Oriente, otro á Poniente, el sombrero caído sobre una oreja, una pierna del pantalón subida enseñando un palmo de calcetines, y la cabeza oscilando con tan lastimero abandono, que podría servir de modelo para una fea estatua de la *Languidez*. ¡Ah! *es un gran mal malsano* el mareo, hay que decir con Fucini.

Para mayor tormento, tenía á mi lado á un bufón francés, que había salido de París conmigo y me daba broma, repitiendo á cada gemido que yo daba: «Pero usted no está enfermo, querido señor mío; usted está rendido de amor por aquella encantadora señorita», é indicaba á una á la cual no tenía fuerza para mirar, y la gente de alrededor se reía. ¡Mujeres! ¡Amor!

Si la más hermosa criatura de la tierra me hubiera dicho en aquel momento como la duquesa Giosiana al saltimbanquis Gym-

plaine: «Te amo, soy tuya, ven,» no me hubiera vuelto para ver cómo estaba formada. El mismo pensamiento de «esta noche veré á Londres,» que por la mañana me animaba tanto, ahora me producía insoportable fastidio.—¡Y decir que he venido aquí—pensaba yo en mi desvanecimiento—por mi gusto, para divertirme! ¡Ah, insensato! ¡Y pensar que tengo que volver á pasar el mar! ¡No! imposible; no me siento capaz, abandonaré la vida... Me quedaré en Inglaterra... buscaré un modo de vivir en Londres... me haré hortera... maestro de italiano... ¡con tal de no ver más el mar!—¡Moriré cuando llegue mi hora, pero no quiero sufrir de nuevo este suplicio!

Pocas horas después almorzaba en la estación del ferrocarril de Brighton, y había renunciado á mi propósito de morir en Inglaterra.

Cuando salí para Londres comenzaba á hacerse de noche; me recosté en el vagón y me puse á saborear el gran pensamiento de que dentro de pocas horas estaría en la gran capital. ¡Londres! Me repetía este nombre, haciéndolo sonar en mi imaginación con el placer con que se hace sonar

en una mesa una moneda de oro. ¡Londres! Experimentaba no sé qué gusto en decirme á mí mismo, como si no lo supiera de antemano, que era una ciudad desproporcionada, un *maremagnum*, una Babilonia, un caos, una cosa fabulosa. ¡Es la mayor ciudad del mundo!—pensaba,—y hay en ella algo de absoluto que no se encuentra en ninguna otra ciudad, porque si existe otra más hermosa, se puede preguntar: ¿Es la más bella?—Mientras que es un placer nuevo el ver algo que, en cierto sentido, ocupa incontrastablemente el primer puesto del mundo; algo de que no puede ocuparse el pensamiento sin penetrar en el reino de los sueños; algo ante lo cual se puede decir: ¡Ningún hombre ha visto otra cosa más grande!

Y después me alegraba pensando que iba á Londres solo, sin conocer á nadie, sin cartas de recomendación, como se debe ir para perderse en aquel océano, para experimentar aquel sentimiento casi de pavor que infunden los grandes espacios desconocidos; para recibir, en una palabra, toda entera, la impresión que debe producir aquella ciudad inmensa en el alma de un extranjero. En cuanto á eso, tenía además

la ventaja de no saber una palabra de inglés, de tener poco dinero; una maleta que respiraba pobreza; en fin, todo lo que se necesita para sentirse pequeño y mísero en una gran capital desconocida. Pensando en todo esto, me froté las manos y dije:—Londres, estoy pronto.

Era noche cerrada cuando entré en la ciudad. Entré sin advertirlo, y me quedé asombrado cuando se dió la señal de bajar del tren. Descendí, y me encuentro bajo la inmensa techumbre de la estación de Londonbridge, entre una multitud de carruajes y de luces. Salto al coche más próximo y enseño al cochero un pedazo de papel donde está escrito el nombre y la calle de la fonda que me habían recomendado. El cochero lee y me hace señas de que ha comprendido, pero no se mueve. Le indico que suba al pescante y marche, y él tan tieso. Me pongo á reñirle en francés; no entiende maldita la cosa, y apoyándose tranquilamente en la portezuela, comienza á encajarme una larga perorata en inglés. ¡Ahora sí que estoy fresco! dije entre mí; ¿qué haré? Me cruzo de brazos y le miro; él cruza los suyos y me mira, y así estamos mirándonos algunos momentos. Por fin, pierdo la

paciencia, salto fuera, le grito al oído: ¡Mulo! y echo á andar. Después comprendí que me decía que no quería conducirme á la fonda porque estaba demasiado lejos.

Me voy solo; ¿pero á dónde? ¿Cómo? Confieso que en aquel momento me faltó el valor. La inmensidad de la estación, cuya salida no encontraba, el no saber á dónde había de ir á reclinar la cabeza, aquel primer encuentro desgraciado que me pareció de mal agüero, el peso de la maleta, que me impedía andar, la humedad que sentía, la noche y la confusión, me entristecían y me fatigaban. Después de haber vagado un poco al acaso, me colé por una puerta y me encontré fuera.

Me parecía haber caído en el caos. Un estrépito de carruajes que no veía, silbidos de trenes que no sabía por dónde pasaban, confusión de luces de arriba y de abajo, de todas partes y en todas las alturas una niebla que no me dejaba percibir formas ni distancias y un vaivén de gentes que parecía que huían: tal fué el primer espectáculo que se me ofreció. Bamboleándome y tropezando, recorrí un trozo de camino, como un estúpido, con la cabeza Dios sabe dónde; después, no pudiendo ya llevar la

maleta, la dejé en el suelo y me detuve. Quiso la fortuna que al levantar los ojos viese un farol de color con este rótulo: *se habla francés*.—Era una fonda, di un gran suspiro, volví á coger mi carga y penetré timidamente con el aire de un campesino en la ciudad.

Una señora de mal talante, la dueña de la casa, cuando oyó mis primeras palabras, llamó al camarero y le preguntó si había habitación. El camarero, haciendo á cada palabra francesa una contracción como si fuese á vomitar, y mirándome de pies á cabeza con la fisonomía entre protectora y desconfiada (propia de la gente de su calle), me contestó que había habitación; pero... «pero, añadió, cuesta cinco *chelines*» y me miró otra vez de arriba á abajo, receloso. Es verdad que mi traje era para disculpar aquella desconfianza.

Entonces me sentí dominado por un desdén de millonario, eché sobre la mesa una libra esterlina y haciendo un ademán que entonces me pareció digno de un verso del Dante, dije:—«Cóbrense y vamos.»—Me acompañaron á la habitación. Me eché en seguida en la cama, pero no pude cerrar los ojos en mucho tiempo: tal era el ruido

que atormentaba mis oídos. Era un rumor sordo y monótono, como si el mar azotase los cimientos de la casa, y de en medio de este ruido salían agudas voces que parecían venir de muy lejos y me hacían pensar en mil cosas extrañas, como si fuesen palabras escapadas á la gran ciudad al adormecerse; lamentos de sus interminables barrios; imprecaciones de la formidable *City* molida de fatiga; acentos de acusación y justificaciones, como se oyen entre los grandes mugidos del mar alborotado. Poco á poco cesaron los rumores aquellos, y no oí más que murmullos monótonos; después, de cuando en cuando sonaban los primeros—(una ciudad como Londres, tarda en dormirse);—cesaron luego todos; por fin me quedé dormido y tuve el sueño más extravagante que imaginarse puede.

Por la mañana, antes de salir el sol, salí de casa y me dirigí al Támesis. Estaba á pocos pasos del puente de Londres, en el corazón de la *City*.

Veíase muy poca gente, reinaba gran silencio, el cielo estaba gris, hacía frío y una niebla sutil velaba todos los objetos sin ocultarlos por completo. Marché hacia el puente á pasos rápidos, sabiendo que

desde allí gozaría un gran golpe de vista de Londres.

Llegado al medio del puente, miré en derredor; tuve una sensación de frío, de la cabeza á los pies, y quedé inmóvil.

De repente vino á mi memoria la vista de París desde el Puente Nuevo y me pareció extraordinariamente pequeña.

Luego me apoyé en la barandilla y dije con el acento del que quiere poner un poco de orden en su cabeza:—Meditemos.

Debajo, el Támesis anchísimo; por un lado buques hasta perderse de vista, por el otro una sucesión de puentes gigantescos; á lo largo de ambas orillas, cerca del puente, casas macizas y sombrías como antiguas fortalezas, amontonadas desordenadamente y lamiendo el agua sus cimientos. Un poco más lejos, grandes moles de edificios de siniestro aspecto, techumbres desmesuradas de estaciones de ferrocarril, largas líneas rectas como enormes bastiones y más allá de éstas una confusión de contornos cortados y vagas formas, degenerando poco á poco en cenicientos tonos, hasta presentar solamente un grandioso desorden de perfiles nebulosos, de tubos de chimeneas, de torres, de cúpulas y de cam-

panarios sumergidos en la bruma; y todavía más lejos, misteriosas perspectivas como de lejanas ciudades que más bien se adivinan que se ven, en una línea dentada que se dibuja sobre el horizonte gris. Por último, sobre todos los edificios, sobre los puentes y las orillas, un color oscuro de fábrica, un aire de ciudad lúgubre, como el de una población asolada por el incendio; un espectáculo inmenso y triste...

¡Qué extraños juegos tiene el cerebro! Ante estos espectáculos que debieran, á lo menos por la primera vez, absorbernos por completo, escapamos de repente con el pensamiento á cien leguas de distancia, tras de las más fútiles nonadas, que ninguna relación tienen con lo que estamos viendo y en las que no pensamos durante nuestra vida ordinaria.

Yo veía por primera vez á Londres y pensaba en un tomo de las obras de Voltaire, que había prestado y no había recogido antes de salir de Turín. Después olvidé el libro y me saltaron á la imaginación, como sucede siempre en una ciudad desconocida, una turba de imágenes disparatadas, de personas y de cosas que en mi interior solía figurarme en aquella ciudad

como en el fondo de un cuadro; ciertos panzudos negociantes de las novelas de Dickens, la reina Isabel de Inglaterra, una familia inglesa que vi cierto día delante de las puertas de Ghiberti en Florencia, un ademán que hizo mi padre una vez al decir: ¡Cuánto daría por ver Londres! y un retrato del actor Garrik que apareció en un periódico ilustrado.

Sobrevino después una distracción inexplicable, como el acordarme que tenía la barba larga y preguntarme dónde iría á almorzar.

Siguió á ésta un vivísimo estupor de encontrarme allí como llovido del cielo, y de repente, un minuto después, una glacial indiferencia, como si hubiera estado siempre; y luego la admiración del primer momento. Tan cierto es lo que dice San Agustín de que casi no merece la pena el viajar, puesto que es más maravilloso lo que vemos en nuestra cabeza que lo que se ve con los sentidos.

Pasé el puente, llegué á la plazuela que se extiende en la orilla derecha y me encaminé á una de las calles que conducen á la catedral de San Pablo; estaban desiertas; volví á la derecha, y á las dos ó tres

vueltas me encontré en el Mercado de Pesces, en una calle estrecha, húmeda, oscura y tan llena de carros y de gente, que apenas se podía pasar; seguí adelante en medio de un olor á arenques tan intenso, que al cabo de algunos momentos hubiera podido almorzar frotando pan sobre mi ropa; llegué á la famosa Torre, la Bastilla de Londres; di la vuelta alrededor mirando con desconfianza sus siniestros muros, y entré apresuradamente en la ciudad de los Docks con ánimo de dar un gran paseo y no tener que volver allí.

Calles largas, tortuosas, flanqueadas de altas paredes oscuras, sin puertas ni ventanas, como los muros de una prisión; grupos de centenares de obreros inmóviles en las encrucijadas, otros que desaparecían en silencio en las oscuras callejuelas: no ví otra cosa en media hora. Seguí adelante por aquellas calles monotonas como por los pasillos de una fortaleza antigua, aburrido y melancólico sin saber á dónde iría á salir.

En cierto punto, después de dar muchas vueltas, advertí que volvía atrás y tuve que dar aún más vueltas para ponerme en buen camino. Había dejado atrás el *dock*

de Santa Catalina, me parecía estar cerca de un extremo del *dock* de Londres y me había propuesto llegar al *dock* de las Indias. Había enfilado una calle cuyo fin no percibía, cerrada á la derecha por muros de los *docks* y á la izquierda por pequeñas casas, de entre las cuales arrancaban otras calles estrechas y larguísimas flanqueadas por chimeneas de fábricas, paredes de almaceres y montones de casuchas ahumadas; y cuanto más avanzaba creía yo que, en vez de alejarme de Londres, me aproximaba á su centro. Lleno de confianza en mis piernas y animado por la experiencia de París, donde, con gran asombro de mis amigos, apenas hacía uso de los carruajes, continué andando sin miedo. Llegó, sin embargo, un momento en que no me pareció inútil saber dónde me encontraba. Y al pasar cerca de un grupo de obreros, oí á uno que hablaba francés; me detuve y le pregunté si era el *dock* de las Indias aquel de allí cerca.

Por toda respuesta repitió mi pregunta:

—¿Aquél el *dock* de las Indias?— y me miró como para decirme que estaba loco.

—¿Lo es, ó no lo es?

—Pero, señor mío, repuso riéndose, se conoce que usted no tiene idea de lo que es la ciudad de Londres. Éste es el *London-dock*.

—¡Todavía el *London-dock*! ¡Pero si hace media hora que he pasado por delante de la puerta!

—¿Y eso, qué? ¿No sabe que sólo el departamento de los tabacos de *London-dock* tiene una milla inglesa de largo?

—Entonces, ¿cuánto falta para llegar al *dock* de las Indias?

—¿Quiere ir embarcado ó por ferrocarril?

—Quiero ir á pie.

Me miró los pies.

—Yo no sé... respondió, pero me figuro que habrá cuatro ó cinco millas.

—¿Qué es lo que hay en esas cuatro ó cinco millas?

—Casas, *docks*, almacenes, talleres, fábricas.

—¿Sin interrupción?

—Sin interrupción.

—Del *dock* de las Indias, ¿á dónde se va?

—Del *dock* de las Indias se va á *Outer-dock*.

—¿Cuánto hay hasta *Outer-dock*?

—Poco más ó menos, otras cinco millas.

—¿Siempre entre casas y fábricas?

—Siempre.

—Y de *Outer-dock*, ¿á dónde se va?

—Se sale frente á Greenwich.

—¿Y cuánto hay?

—Dos ó tres millas.

—¿Siempre en poblado?

—Sí.

—Y de Greenwich, ¿á dónde se va?

—De Greenwich al *East India Import dock*.

—¿Está distante de Greenwich?

—Cerca de ocho millas.

—¿Siempre entre casas y fábricas?

—Sí tal.

—¿Y después?

—Después sigue.

—¿Y dónde concluye?

—¡Quién sabe!

Esta vez fui yo quien miró mis pies. Tomé el consejo del obrero, y poco á poco volví sobre mis pasos, murmurando para mis adentros:—¡Oh, pobre iluso!—¡Y creías venir á hacer valentías á Londres con tus piernas!

Atravesé de nuevo el Mercado de los Peces, volví á pasar frente al puente de

Londres y me encaminé al centro de la ciudad.

Cuando llegué á Fleet-Street ya había comenzado el gran movimiento.

Entonces ví lo que era Londres.



II

SOBRE las dos aceras de la calle se oprimía la gente como á la salida de un teatro, y no se veían grupos ni reuniones, ni nadie gritaba ni gesticulaba; iban todos en silencio, aprovechando cada cual el más pequeño espacio para ponerse delante de los demás, hurtándose los unos á los otros sin volverse. Por medio de la calle pasaba larguísima fila de ómnibus de varios colores, como carrozas de Carnaval, con una especie de escalera de asientos delante, que se ensancha de abajo á arriba, llevando así á los viajeros en forma de abanico; los más bajos casi en tierra, los más altos casi al nivel de los primeros pisos de las casas, y saliendo hacia afuera como si fuesen colgados.

Entre los ómnibus, por ambos lados, una confusión indescriptible de carros, coches, *cabs*, carretas, carretelas y carruajes cubiertos de anuncios, vehículos de todas